



SUMARIO

Vida de la Iglesia:	2
Mensaje del Santo Padre para la Jornada de las vocaciones. Cambios en el vértice de la CIVSVA	
Vida de la CMIS	6
Noticias Carta del Presidente	
De los Institutos	7
Agneau de Dieu Militantes de la Sainte Vierge Missionarie del Sacerdozio regale CNISF FECIS COMIS ACSI CIIS	
Testigos	9
El grito de los pobres La maleta siempre pronta El celibato en seguimiento de Cristo Viaje de conocimiento misionero Mártir de la justicia y de la fe	
Para reflexionar	21
En el oasis de Refidim “Os encomiendo a la Palabra...”	
En biblioteca	31

«PROPONER LAS VOCACIONES EN LA IGLESIA LOCAL»

Queridos hermanos y hermanas

La XLVIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones que se celebrará el 15 de mayo de 2011, cuarto Domingo de Pascua, nos invita a reflexionar sobre el tema: «*Proponer las vocaciones en la Iglesia local*». Hace setenta años, el Venerable Pío XII instituyó la *Obra Pontificia para las Vocaciones Sacerdotales*. A continuación, animadas por sacerdotes y laicos, obras semejantes fueron fundadas por Obispos en muchas diócesis como respuesta a la invitación del Buen Pastor, quien, «al ver a las gentes se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor», y dijo: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (*Mt 9, 36-38*).

El arte de promover y de cuidar las vocaciones encuentra un luminoso punto de referencia en las páginas del Evangelio en las que Jesús llama a sus discípulos a seguirle y los educa con amor y esmero. El modo en el que Jesús llamó a sus más estrechos colaboradores para anunciar el Reino de Dios ha de ser objeto particular de nuestra atención (cf. *Lc 10,9*). En primer lugar, aparece claramente que el primer acto ha sido la oración por ellos: antes de llamarlos, Jesús pasó la noche a solas, en oración y en la escucha de la voluntad del Padre (cf. *Lc 6, 12*), en una elevación interior por encima de las cosas ordinarias. La vocación de los discípulos nace precisamente en el coloquio íntimo de Jesús con el Padre. Las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada son primordialmente fruto de un constante contacto con el Dios vivo y de una insistente oración que se eleva al «Señor de la mies» tanto en las comunidades parroquiales, como en las familias cristianas y en los cenáculos vocacionales.

El Señor, al comienzo de su vida pública, llamó a algunos pescadores, entregados al trabajo a orillas del lago de Galilea: «Veníos conmigo y os haré pescadores de hombres» (*Mt 4, 19*). Les mostró su misión mesiánica con numerosos «signos» que indicaban su amor a los hombres y el don de la misericordia del Padre; los educó con la palabra y con la vida, para que estuviesen dispuestos a ser los continuadores de su obra de salvación; finalmente, «sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre» (*Jn 13,1*), les confió el memorial de su muerte y resurrección y, antes de ser elevado al cielo, los envió a todo el mundo con el mandato: «Id y haced discípulos de todos los pueblos» (*Mt 28,19*).

La propuesta que Jesús hace a quienes dice «¡Sígueme!» es ardua y exultante: los invita a entrar en su amistad, a escuchar de cerca su Palabra y a vivir con Él; les enseña la entrega total a Dios y a la difusión de su Reino según la ley del Evangelio: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (*Jn 12,24*); los invita a salir de la propia voluntad cerrada en sí misma, de su idea de autorrealización, para sumergirse en otra voluntad, la de Dios, y dejarse guiar por ella; les hace vivir una fraternidad, que nace de esta disponibilidad total a Dios (cf. *Mt 12, 49-50*), y que llega a

ser el rasgo distintivo de la comunidad de Jesús: «La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros» (Jn 13, 35).

También hoy, el seguimiento de Cristo es arduo; significa aprender a tener la mirada de Jesús, a conocerlo íntimamente, a escucharlo en la Palabra y a encontrarlo en los sacramentos; quiere decir aprender a conformar la propia voluntad con la suya. Se trata de una verdadera y propia escuela de formación para cuantos se preparan para el ministerio sacerdotal y para la vida consagrada, bajo la guía de las autoridades eclesíásticas competentes. El Señor no deja de llamar, en todas las edades de la vida, para compartir su misión y servir a la Iglesia en el ministerio ordenado y en la vida consagrada, y la Iglesia «está llamada a custodiar este don, a estimarlo y amarlo. Ella es responsable del nacimiento y de la maduración de las vocaciones sacerdotales» (JUAN PABLO II, Exhort. ap. postsinodal *Pastores dabo vobis*, 41). Especialmente en nuestro tiempo en el que la voz del Señor parece ahogada por «otras voces» y la propuesta de seguirlo, entregando la propia vida, puede parecer demasiado difícil, toda comunidad cristiana, todo fiel, debería de asumir conscientemente el compromiso de promover las vocaciones. Es importante alentar y sostener a los que muestran claros indicios de la llamada a la vida sacerdotal y a la consagración religiosa, para que sientan el calor de toda la comunidad al decir «sí» a Dios y a la Iglesia. Yo mismo los aliento, como he hecho con aquellos que se decidieron ya a entrar en el Seminario, a quienes escribí: «Habéis hecho bien. Porque los hombres, también en la época del dominio tecnológico del mundo y de la globalización, seguirán teniendo necesidad de Dios, del Dios manifestado en Jesucristo y que nos reúne en la Iglesia universal, para aprender con Él y por medio de Él la vida verdadera, y tener presentes y operativos los criterios de una humanidad verdadera» (*Carta a los Seminaristas*, 18 octubre 2010).

Conviene que cada Iglesia local se haga cada vez más sensible y atenta a la pastoral vocacional, educando en los diversos niveles: familiar, parroquial y asociativo, principalmente a los muchachos, a las muchachas y a los jóvenes -como hizo Jesús con los discípulos- para que madure en ellos una genuina y afectuosa amistad con el Señor, cultivada en la oración personal y litúrgica; para que aprendan la escucha atenta y fructífera de la Palabra de Dios, mediante una creciente familiaridad con las Sagradas Escrituras; para que comprendan que adentrarse en la voluntad de Dios no aniquila y no destruye a la persona, sino que permite descubrir y seguir la verdad más profunda sobre sí mismos; para que vivan la gratuidad y la fraternidad en las relaciones con los otros, porque sólo abriéndose al amor de Dios es como se encuentra la verdadera alegría y la plena realización de las propias aspiraciones. «Proponer las vocaciones en la Iglesia local», significa tener la valentía de indicar, a través de una pastoral vocacional atenta y adecuada, este camino arduo del seguimiento de Cristo, que, al estar colmado de sentido, es capaz de implicar toda la vida.

Me dirijo particularmente a vosotros, queridos Hermanos en el Episcopado. Para dar continuidad y difusión a vuestra misión de salvación en Cristo, es importante incrementar cuanto sea posible «las vocaciones sacerdotales y religiosas, poniendo interés especial en las vocaciones misioneras» (Decr. *Christus Dominus*, 15). El Señor necesita vuestra colaboración para que sus llamadas puedan llegar a los corazones de quienes ha escogido. Tened cuidado en la elección de los agentes pastorales para el Centro Diocesano de Vocaciones, instrumento precioso de promoción y organización de la pastoral vocacional y de la oración que la sostiene

y que garantiza su eficacia. Además, quisiera recordaros, queridos Hermanos Obispos, la solicitud de la Iglesia universal por una equilibrada distribución de los sacerdotes en el mundo. Vuestra disponibilidad hacia las diócesis con escasez de vocaciones es una bendición de Dios para vuestras comunidades y para los fieles es testimonio de un servicio sacerdotal que se abre generosamente a las necesidades de toda la Iglesia.

El Concilio Vaticano II ha recordado explícitamente que «el deber de fomentar las vocaciones pertenece a toda la comunidad de los fieles, que debe procurarlo, ante todo, con una vida totalmente cristiana» (Decr. *Optatam totius*, 2). Por tanto, deseo dirigir un fraternal y especial saludo y aliento, a cuantos colaboran de diversas maneras en las parroquias con los sacerdotes. En particular, me dirijo a quienes pueden ofrecer su propia contribución a la pastoral de las vocaciones: sacerdotes, familias, catequistas, animadores. A los sacerdotes les recomiendo que sean capaces de dar testimonio de comunión con el Obispo y con los demás hermanos, para garantizar el *humus* vital a los nuevos brotes de vocaciones sacerdotales. Que las familias estén «animadas de espíritu de fe, de caridad y de piedad» (*ibid*), capaces de ayudar a los hijos e hijas a acoger con generosidad la llamada al sacerdocio y a la vida consagrada. Los catequistas y los animadores de las asociaciones católicas y de los movimientos eclesiales, convencidos de su misión educativa, procuren «cultivar a los adolescentes que se les han confiado, de forma que éstos puedan sentir y seguir con buen ánimo la vocación divina» (*ibid*).

Queridos hermanos y hermanas, vuestro esfuerzo en la promoción y cuidado de las vocaciones adquiere plenitud de sentido y de eficacia pastoral cuando se realiza en la unidad de la Iglesia y va dirigido al servicio de la comunión. Por eso, cada momento de la vida de la comunidad eclesial –catequesis, encuentros de formación, oración litúrgica, peregrinaciones a los santuarios– es una preciosa oportunidad para suscitar en el Pueblo de Dios, particularmente entre los más pequeños y en los jóvenes, el sentido de pertenencia a la Iglesia y la responsabilidad de la respuesta a la llamada al sacerdocio y a la vida consagrada, llevada a cabo con elección libre y consciente.

La capacidad de cultivar las vocaciones es un signo característico de la vitalidad de una Iglesia local. Invocamos con confianza e insistencia la ayuda de la Virgen María, para que, con el ejemplo de su acogida al plan divino de la salvación y con su eficaz intercesión, se pueda difundir en el interior de cada comunidad la disponibilidad a decir «sí» al Señor, que llama siempre a nuevos trabajadores para su mies. Con este deseo, imparto a todos de corazón mi Bendición Apostólica.

Vaticano, 15 noviembre 2010

Benedetto XVI

CAMBIOS EN AL VÉRTICE DE LA CIVCSVA

El Santo Padre ha acogido la renuncia presentada, por límites de edad, por el Eminentísimo Cardenal Franc Rodé al cargo de Prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, y ha llamado a sucederle al Excelentísimo Monseñor João Braz de Aviz, hasta ahora Arzobispo de Brasilia.

S. E. Mons. João Braz de Aviz

S. E. Mons. João Braz de Aviz nació en Mafra, Diócesis de Joinville, SC (Brasil), el 24 de abril de 1947. Después de haber frecuentado los estudios filosóficos en el Seminario Mayor “Rainha dos Apóstolos” de Curitiba y en la Facultad de Palmas, PR, completó los estudios teológicos en Roma, en la Universidad Pontificia Gregoriana, consiguiendo la Licenciatura, y en la Universidad Pontificia Lateranense, en la que en 1992 se doctoró en Teología Dogmática.

Ordenado sacerdote el 26 de noviembre de 1972 fue incardinado en la diócesis de Apucarana. Desarrolló el propio ministerio como Párroco en diversas parroquias, como Rector de los Seminarios Mayores de Apucarana y de Londrina y como Profesor de Teología Dogmática en el Instituto Teológico Pablo VI de Londrina. Fue también miembro del Consejo Presbiteral y del Colegio de Consultores, y Coordinador General de la Pastoral Diocesana de Apucarana.

El 6 de abril de 1994 fue elegido a la Sede titular de Flenuleta, como Auxiliar de la Archidiócesis de Vitória, recibiendo la consagración episcopal el 31 de mayo del mismo año. Fue transferido como Obispo de Ponta Grossa el 12 de agosto de 1989, y promovido a Arzobispo de Maringá el 17 de julio de 2002, y nombrado Arzobispo de Brasília el 28 de enero de 2004. El pasado mes de mayo organizó el XVI Congreso Eucarístico Nacional, coincidiendo con el 50 aniversario de la ciudad.

Dicho nombramiento llega después de la de Secretario, realizada el 2 de agosto de 2010.

El Santo Padre, Benedicto XVI, nombró Secretario de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica al Reverendo Padre Joseph William Tobin, C.S.S.R., elevándolo al mismo tiempo a la sede titular de Obba, con dignidad de arzobispo.

El Reverendo Padre Joseph William Tobin, C.S.S.R., nació en Detroit, Wayne Country, Michigan, el 3 de mayo de 1952.

Al final del camino de formación realizó la Profesión temporal el 5 de agosto de 1972 y la perpetua el 21 de agosto de 1976. Recibió la ordenación sacerdotal el 1 de julio de 1978.

En 1975 obtuvo el Bachillerato en Filosofía en la *Holy Redeemer College*, Waterford (Wisconsin); en 1977 el *Master of Religious Education* y en 1979 el *Master of Divinity* (Teología Pastoral) en el *Mount Saint Alphonsus Major Seminary* (Nueva York).

Desde 1979 hasta 1984 fue Vicario parroquial de la *Holy Redeemer Parrish* de Detroit. En la misma Parroquia desempeñó después el Ministerio de Párroco desde 1984 hasta 1990. Desde 1990 hasta 1991 cumplió el servicio de Párroco de la *Saint Alphonsus Parrish* de Chicago (Illinois). Fue Vicario Episcopal de la Archidiócesis de Detroit desde 1980 hasta 1986, y prestó su colaboración en el Tribunal local diocesano.

Fue elegido Consultor General de los Padres Redentoristas en 1991 y el 9 de septiembre de 1997 fue nombrado Superior General, confirmado en el cargo el 26 de septiembre de 2003. En el mismo año fue elegido Vice Presidente de la Unión de Superiores Generales.

Fue, además, miembro del Consejo para las Relaciones entre la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA) y las Uniones Internacionales de Superiores y Superiores Generales del 2001 al 2009.

Conoce el inglés, el español, el francés, el italiano y el portugués.

NOMBRAMIENTO DEL OBISPO DE TARAZONA (ESPAÑA)

El Santo Padre ha nombrado Obispo de Tarazona al Reverendo Padre Eusebio Hernández Sola, O.A.R., Jefe de Servicio de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica.

Reverendo P. Eusebio Hernández Sola, O.A.R.

El Reverendo Padre Eusebio Hernández Sola, O.A.R., nació en Cárcar (Navarra), archidiócesis de Pamplona y Tudela, el 29 de julio de 1944. A la edad de 12 años entró en el Seminario de los Agustinos Recoletos en Lodosa (Navarra) y realizó los estudios secundarios y filosóficos en el Colegio de la Orden en Fuenterrabía (Guipúzcoa). Hizo el noviciado en Monteagudo (Navarra), y prometió la profesión temporal el 30 de agosto de 1964, continuando los estudios teológicos en Marcilla (Navarra). Siempre en Marcilla prometió la profesión solemne el 30 de agosto de 1967 y fue ordenado sacerdote el 7 de julio de 1968. Obtuvo la Licenciatura en Derecho Canónico por la Universidad Pontificia de Comillas (1971) y en Derecho Civil en la Universidad Complutense de Madrid (1974).

Después de ejercer, durante un año, como profesor de Derecho Canónico en el Teologado Agustino de Marcilla, desde 1974 hasta el presente ha trabajado al servicio de la Santa Sede en la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida apostólica, desde 1995 con el título de Jefe de Servicio.

Se nos notifica que el 22 de febrero de 2011, el Santo Padre:

Nombró al Obispo Gérald Cyprien Lacroix, I.S.P.X., Arzobispo Metropolitano de Québec (superficie: 35.180; población: 1.192.108; católicos: 1.027.166; sacerdotes: 737; religiosos: 3.515; diáconos permanentes: 91), Canadá. El Arzobispo elegido, era hasta el presente auxiliar de Québec (Canadá), y nació en Saint-Hilaire de Dorset (Canadá) en 1957. Prometió los votos perpetuos en 1982 y fue ordenado sacerdote en 1988 y consagrado Obispo en 2009. El nuevo arzobispo es actualmente miembro del Consejo Ejecutivo de la CMIS.

VIDA DE LA CMIS

La presidencia de la CMIS se reunió el 15 de noviembre de 2010, 22 de enero de 2011 y fijó para el día 5 de marzo de 2011 la próxima reunión.

Examinó urgentes cuestiones legales:

- 1- Desarrollo del próximo Congreso,
- 2-intento de sustituir la Secretaria,
- 3-deseo de realizar la Revista de profundización,
- 4- revisión de los Estatutos, como decidido en la última Asamblea.

Sobre el **Congreso**; definió el tema, el programa y el método de trabajo para su realización. Identificó los relatores a implicar, de los que esperamos respuesta. Cuanto antes se enviará el programa a todos.

Con relación al cambio de **Secretaria**, a pesar de las múltiples perplejidades existentes, sin embargo el Presidente decidió proceder con la consultación del Consejo Ejecutivo sobre el posible cambio de la Secretaria y proponiendo una candidatura que presentaba diversos requisitos exigidos.

El Consejo manifestó su dificultad en realizar el cambio, teniendo en cuenta que ya estamos cerca de la Asamblea y del Congreso, y sobre todo con una sobrecarga de trabajo de la Presidencia por los múltiples niveles de proyectos en vía de realización.

Se pidió a la actual Secretaria prolongar la propia disponibilidad, y posponer la búsqueda de una nueva Secretaria para garantizar un tiempo congruo de inserción para el conocimiento del trabajo a desarrollar.

Sobre la **Revista** se decidió aplazarla y utilizar del mejor modo posible los recursos actualmente disponibles, como el boletín e-dialogue y el sitio web.

En cuanto a la revisión de los **Estatutos**, la Presidencia pudo examinar una primera propuesta de la Comisión constituida ad hoc y, dar, por tanto, mandato para posibles integraciones. Se decidió que, apenas sea posible, se enviará copia a los Consejeros para que puedan valorar y/o integrar.

Teniendo en cuenta que ya hemos llegado a mitad del mandato, la Presidencia decidió presentar al Consejo una relación de la mitad del recorrido y así dar inicio a una reflexión sobre el mandato recibido por la Asamblea y sobre su cumplimiento.

El Consejo Ejecutivo se reunirá los días 8-10 del próximo mes de abril en la Casa La Salle, en Roma.

DE LOS INSTITUTOS

| *Agneau de Dieu*

ha pedido adherir a la CMIS y nos alegra acoger y compartir la experiencia común.

| *Militantes de la Sainte Vierge*

Se prepara a celebrar los 50 años de fundación el día 7 de julio de 2012 e implica a todos en las oraciones y el sostén.

El Instituto nació en Burundi en 1962 y es uno de los pocos de origen africano; continúa su obra de compromiso y de misión entre la población, mientras se preparan a las celebraciones, piden acompañarlos en su fiesta con acciones de gracias, oraciones, súplicas, petición de perdón por los incumplimientos y una renovada exigencia de fidelidad al Reino.

| *Missionarie del sacerdocio Regale di Cristo*

Celebra el centenario de nacimiento de Ezia Fiorentino, cofundadora del Instituto, juntamente con el Cardenal Schuster y desarrolla una serie de acontecimientos como memoria evocativa, que comprenden la presentación del libro de Ezia Fiorentino "Bruciamo d'amore", el 12 de febrero de 2011, la celebración de una Santa Misa en el aniversario de la muerte, el 19 de marzo, la adoración eucarística en el aniversario de la fundación del Instituto, el 12 de junio y el convenio sobre la figura, obra, ámbitos de compromiso de la Doctora Ezia Fiorentino, el 3 de diciembre de 2011.

Los acontecimientos se celebran bajo el patrocinio de la Curia Arzobispal de Milán.

| CNISF

del 16 al 17 del mes de abril de 2011 se tendrá la Asamblea General de los Institutos Seculares de Francia.

| Fecis

se desarrolló en Bogotá, en la sede de la Conferencia Episcopal de Colombia, del 30 de octubre al primero de noviembre, el primer encuentro nacional de Institutos Seculares de Colombia. Estuvieron presentes unos 15 Institutos, con un total de 35 personas. En la conclusión enviaron un mensaje a las jurisdicciones eclesiásticas colombianas en el que, ofreciendo una relación del trabajo desarrollado, y expresaron algunas inquietudes:

- los Institutos Seculares forman parte de los Institutos de vida consagrada, igual que los Institutos Religiosos, con la misma reglamentación canónica de la Iglesia (cánones 710- 730)
- la consagración secular es una vocación poco conocida y tiene necesidad de ser valorada y divulgada. No es exacto denominarla “laicos comprometidos”

- “No te pido que los retires del mundo, sino que los preserves del Maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad” (Jn 17, 15-17).

| COMIS

del 13 al 15 de noviembre de 2010 se celebró la XXII Asamblea general de los Institutos Seculares Mexicanos, en Guadalajara, Jalisco.

| ACSI

(Asian Conference of Secular Institute) celebró su 10 encuentro en Bangkok, del 27 al 30 de diciembre de 2010, en el que participó como Consejero permanente el Profesor Emilio Tresalti. Fue elegido nuevo Presidente de la Conferencia Ivan Netto del Instituto Secular Cristo Rey. El Consejo de Presidencia envió una carta de felicitación con motivo de la importante ocasión del nacimiento de la Conferencia Asiática de Institutos Seculares, experiencia que se añade a la ya histórica de la CISAL de América Latina.

Saludamos también nosotros la silenciosa salida de Caterina Caminati, Responsable del Instituto Santa Caterina de Génova y Presidenta durante los últimos seis años de la Conferencia Italiana.

La CIIS en luto.

Caterina Caminati, Presidenta nacional, los últimos seis años, se ha ido en los últimos días, sin que nadie de nosotros estuviera a su lado en los últimos momentos.

Y sin embargo todos le debíamos algo. La cuenta permanece abierta.

No logro imaginar a Caterina muerta, porque la muerte hace tiempo que ya había entrado en su vida y formaba parte íntima, serena, de la misma. Lo que le interesó hasta el último momento fue la vida, aunque la vida llevaba dentro de sí la muerte. El límite.

Hace algunos años, un mal difícil había manifestado sus primeros síntomas. Había iniciado un doloroso calvario, que Caterina afrontó con una fuerza de ánimo ejemplar, con una paciencia infinita, y con una confianza denodada.

Ahora que ya no está aquí, ¿cómo recordarla? Tenía una pasión cultural y social. Su pasión y su compromiso no se agotaban en la acción, iban más allá en la búsqueda de un nuevo humanismo que constituía su razón de ser.

Su ejemplaridad consistía en una cantidad de cualidades que le reconocíamos sin condiciones. Caterina Caminati era brava: era brava en juzgar los hechos de la vida, porque había acumulado una gran experiencia, era brava en comprender el meollo de las cuestiones, con intuición femenina; era brava en el estilo seco, ágil y suelto, en el que se manifestaba su cultura sin hacer pesado el discurso. Nos encontramos turbados al escribir todo esto, porque ella, quizás, no lo aprobaría. Corregiría algo, nos daría lecciones de comedimiento.

Es el tiempo de aceptar el final de nuestra parábola de vida, la muerte, agradeciendo al Señor los días que nos ha concedido: nos los ha dado para amarlo y para servirlo en los hermanos. A esta actitud de aceptación no se llega fácilmente. Se nos ha donado la vida y con gran serenidad nos preparamos a restituirla con las manos llenas, ricas de obras realizadas por la gracia de Dios.

El Señor que nos ha elegido y nos ha querido, nos espera. Son las palabras que pronunció a los Responsables de los Institutos Seculares de Lombardía en el 2008.

La vimos por ultima vez en Sassone, en la Asamblea de mayo, al final de su mandato. Estaba cansada. Nos dio un adiós con su estilo, silencioso y elocuente. De verdad... ¡a Dios! Ciao Caterina.

La redacción de la Revista y toda la CIIS está al lado, en este momento de dolor, de María Luisa, de sus familiares y de todo su Instituto.

De Incontro N° 6 del 2010

TESTIGOS

EL GRITO DE LOS POBRES EN HAITÍ

Diez meses después del terremoto, Haití continúa su calvario. Lucha por sobrevivir, para reconstruirse a pesar de las numerosas dificultades y los grandes sufrimientos. Pero al mismo tiempo, permanece muy consolidado en la fe, la esperanza y la lucha contra todos los problemas que encuentra, antiguos y recientes al mismo tiempo.

En este momento, la cólera es una fuerte amenaza para la población que se encuentra sin defensa y sin recursos para afrontar esta epidemia.

Las noticias de los medios de comunicación social hacen comprender un poco los grandes desafíos del país y quisiéramos mostrar el respiro de la vida cotidiana de un pueblo pobre y humilde, el fuego del amor de algunos hermanos, que han afectado nuestro corazón. Eligieron entregar completamente sus vidas al servicio de Cristo y de su pueblo. Jean Lérius (en las páginas precedentes) nos cuenta cómo se dedica al servicio de la reconstrucción y cómo guía el pueblo después de los ciclones Hanna et Hyke. Y también Daniel Romulus, sacerdote de Haití por nacimiento e incardinado en Guadalupe, acaba de llegar a Haití como Fidei Donum; está comprometido, al mismo tiempo, en la formación y animación del Prado en Haití.

Daniel nos cuenta su llegada a Port au Prince como una inmersión asombrosa en la pobreza y la miseria. Y podemos percibir claramente su alegría manifiesta y la acción de gracias que dirige al Señor: le da las gracias por poder compartir esta situación y el destino de este pueblo. En su camino ha constatado cuánto el Verbo encarnado se había rebajado. San Pablo nos habla en la Carta a los Filipenses : "sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de esclavo... Se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte" (Flp 2, 7-8).

He aquí su bello testimonio:

Me encuentro en Haití desde el 30 de septiembre, como previsto. He podido tener una suscripción a Internet móvil. Puedo decir que no tengo domicilio fijo (S D F). Encontré mi párroco y nos pusimos de acuerdo sobre el ministerio que yo podía ejercer en la parroquia de Gressier. Me comprometí también a celebrar en un hospital que cura las personas más pobres, afectadas por el SIDA y por otras enfermedades infectivas.

Tendremos nuestro primer encuentro de equipo el 8 de noviembre en Artibonite.

He conocido un sacerdote y otros dos por teléfono que desean conocer el Prado; tengo un encuentro el 29 de este mes

En la diócesis, cada uno se las arregla para sobrevivir. En efecto, yo paso tres días de la semana en la casa del cura, los restantes en casa de mi sobrina. Vivo en una cisterna en la que recogía la lluvia antes del terremoto. Tengo la intención de acondicionarla un poco, pero...

Mi primera noche en la casa del cura fue una verdadera pesadilla: la tierra temblaba y al mismo tiempo llovía. El joven que me ayudaba a montar la tienda, me decía que ésta serviría para repararse del sol, pero no de la lluvia. Y no tardé mucho en experimentarlo. Pero soy feliz por estar en medio de la gente y poder realizar la experiencia que ellos viven. Una noche tuve que doblar mis sábanas en zigzag para proteger las piernas de la lluvia, y di gracias al Señor porque me permitió vivir durante una noche lo que viven numerosos haitianos.

Otra alegría profunda fue la primera misa que yo celebré y que estaba animada por un coro de niños; cantaban bien y fuerte.

Estoy redactando este correo a la luz de mi linterna o iluminado solamente con la luz de mi ordenador. Pero no pierdo el ánimo. Y he aquí que mientras decía esto, llega la luz; veo, pues, que el Señor, se preocupa de mí; y no puedo no darle gracias. Qué bueno es el Señor. Todavía puedo esperar más en Él.

Daniel ROMULUS

LA MALETA SIEMPRE PRONTA (Y DENTRO UN LIBRO DE HUMOR)

Giuseppe Boldon Zanetti

Cuando me sucedió la vez primera, los médicos me advirtieron que, con mucha probabilidad, me sucedería todavía, sin preavisos particulares, pero que no se podía saber ni cuándo ni cómo. Que no debía preocuparme, sino sencillamente tomar mi pequeña maleta e ir al hospital para las curas del caso.

Y así sucedió. A más de un año de distancia, al improviso, una tarde (estaba rezando en la Iglesia de San Donato Milanese), sentí que algo no iba bien: el corazón había comenzado

a batir fuerte y me sentía cansado. Me toqué el pulso y, aunque ignorante, comprendí que el corazón no latía al ritmo justo: *ton, ton, toroton, tonton...*

Comprendí que había llegado la fibrilación arterial. Me levanté, volví a casa para medirme la tensión y los latidos del corazón; pero la máquina no era capaz de dar indicaciones, signo evidente de que no lograba individuar el ritmo.

Cogí la pequeña maleta melancólicamente, dentro las pocas cosas necesarias que, como buen soltero, tengo siempre al alcance de la mano (especialmente, después del primer episodio), y como me sentía con fuerzas, fui con el coche a Novara, a casa de mi hermano; él me llevó a su médico, que “confirmó mi diagnóstico”, y, por tanto, al servicio de urgencias.

Enseguida los diversos exámenes de rutina (electrocardiograma, análisis de la sangre, radiografía, etc.) y después alimentación a gotas con cordarone, un estabilizador del ritmo cardíaco. Y a esperar que pase.

Me tocó estar en una habitación con un hombre de setenta años, también él en fibrilación (pero a causa de una operación al corazón, realizada hacía algún tiempo). Algunas frases, también chistosas, sobre nuestro estado, pero no tanto: ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Alguna llamada telefónica a los hermanos para tranquilizarlos. Y después vino la noche, el silencio. Me vino a la mente el cura de Ars, que cuando estaba en viaje (a pie) rezaba, y así el tiempo pasaba velozmente, sin darse cuenta.

Mi oración fue de pocas palabras, repetitiva (pero ¿no fue así la oración de Jesús en el huerto?), un poco el rosario y muchas miradas al Crucifijo colgado en la puerta (pero ¿por qué lo quieren quitar?); “Él me mira y yo lo miro” fue mi principal oración. Y fue consolador guardarlo. En el fondo, yo estaba allí entre personas que me curaban, sabía que mi vida no estaba en peligro de muerte (los diversos exámenes que me habían hecho hacía poco – test de esfuerzo, ecocardiograma... - habían indicado que el corazón no tenía ninguna anomalía. “Es una cuestión de electrólitos”, habían respondido los médicos a mi petición de conocer las causas; es decir: ¡“No sabemos, y, de todas formas no lo comprenderías”!), mientras Él, en la Cruz...

Por la mañana temprano, pasó el capellán; preguntó si podía dejar una pequeña imagen de la Virgen con la oración, y el que estaba a mi lado, enseguida,: “Ciertamente, Padre, yo soy católico y practicante”. Vi que la besaba y después, puestas las gafas, comenzó a recitar la oración.

El día siguiente, lo pasé todavía en la cama, esperando que el ritmo del corazón se volviese normal. Todo un día de espera, sintiendo el vaivén del servicio de urgencias, el compromiso de las personas dedicadas al servicio, su solicitud siempre tranquila y atenta a los pacientes, las visitas de los médicos, de mi hermano, algunas llamadas de teléfono, (bienaventurado quien inventó el móvil), siempre con la esperanza de que la fibrilación pasara. Me vino a la mente aquel magnífico librito – lo conocí gracias a Robin – de Monseñor Van Thuan, Obispo vietnamita, en la cárcel sin proceso durante 13 años (de los cuales, nueve en aislamiento), porque su nombramiento de Obispo era fruto de un “complot imperialista de EE. UU. y Vaticano”, y que había decidido vivir la prisión no esperando la liberación, sino viviendo aquellos años siempre ante Dios, amándolo y buscando su intimidad. “Elegí a Dios y no el trabajo por Dios”, es la revelación que tuvo en una de las noches terribles; y, por tanto, debo vivir este momento como momento de gracia estando en su presencia. Me dije que también yo debía vivir esencialmente aquel día no como espera (aunque esperaba naturalmente regresar

cuanto antes a casa), sino como momento de presencia ante el Crucifijo.

Dado que la mañana del tercer día el ritmo era todavía anormal – la primera vez la fibrilación había durado 14 horas, esta vez, después de casi dos días, todavía persistía – habían preparado todo para llevarme a la sala operatoria y proceder con la cardio - conversión eléctrica, una pequeña sacudida que detiene el corazón y lo hace volver al ritmo normal. Estaba todo preparado, cuando – quizás por el miedo – el corazón volvió al ritmo normal. Yo ya me había dado cuenta, pero un poco por conjuro, un poco para no ilusionarme, esperé que me lo dijeran los médicos. Y vi la satisfacción de los médicos y enfermeros, cuando en la pantalla, y de la auscultación, resultó que todo había vuelto a la normalidad sin necesidad de la “sacudida eléctrica”.

“¿ Pero qué bromas nos hace? Ya habíamos preparado todo”, me dijo una joven doctora, sonriendo. Y así terminó esta mi segunda fibrilación... en espera de la próxima.

El día siguiente fui a mi médico de familia para que me recetara nuevas pastillas. Encontré un ex colega (hacía más de veinte años que había abandonado la abogacía para dedicarse a viajar con su barca; realizó incluso la travesía del atlántico siguiendo las huellas de Colombo), que, alegre y pimpante, me dijo que había salido del hospital hacía dos días: que se había operado, porque después de siete fibrilaciones, que le habían acaecido en todas las partes del mundo (una también en la Isla de Cabo Verde) y otros tantos ingresos en hospital, se había cansado de “*estar siempre con la maleta pronta al alcance de la mano*” para correr al hospital. Por lo que había decidido la intervención quirúrgica (una pequeña quemadura de las conducciones que impulsan la sangre y el oxígeno al corazón, así comprendí) que debería impedir (incluso si el resultado no está garantizado) que se repitieran las fibrilaciones.

Por mi parte, al menos hasta cuando las fibrilaciones no sean más frecuentes, deberé estar siempre con la maleta preparada, al alcance de la mano, para ir al hospital allí donde me encuentre, interrumpiendo las actividades en curso y borrando los propósitos hechos. Es un pequeño ejercicio de desapego de las cosas y de “estar preparado”, como me he acostumbrado a decirme y, particularmente ahora, también a vivir. Recordando la primera vez, sabía que debía estar largas horas en una cama, y entonces introduje en la pequeña maleta, y todavía lo tengo, un libro de humor de un escritor inglés de finales del ochocientos, Jerome Klapka Jerome, “Tres hombres en barco”. Narra las vicisitudes de tres amigos que habían decidido realizar unas vacaciones en barco a lo largo del Támesis. Por casualidad me sucedió leer el capítulo en el que preparaban el viaje y comenzaban a hacer la lista de las cosas que debían llevar consigo. Después de haber escrito la lista, se dieron cuenta de que habrían necesitado un trasatlántico, pues eran muchísimas las cosas que querían llevar y que consideraban irrenunciables. Tuvieron que hacer de nuevo la lista y concentrarse sólo en las cosas esenciales.

Dejadme releer con vosotros, las consideraciones que, a este punto, hace el Autor:

“Muchas personas, durante el viaje que todos realizamos en el río de la vida, cargan la barca hasta tal punto de que la ponen en riesgo de ir a pique con una cantidad de cosas estúpidas, juzgadas esenciales para hacer comfortable y agradable el camino, pero que en realidad son solamente inútil basura. Amontonan en el pobre, pequeño casco de la barca, hasta la altura del árbol, bellos vestidos y grandes habitaciones; sirvientes inútiles y una serie de amigos elegantes, que no darían una peseta por aquellos, los cuales no darían dos por éstos; lo llenan de

entretenimientos costosos con los que ninguno se divierte, de formalidades y de modas, de cosas vanidosas y de ostentación, y también... y ésta es la basura mayor y más descabellada de todas las demás!... del temor de la opinión de los vecinos, de lujos que cansan, de placeres de los que sólo se deriva el aburrimiento, de las vacías exhibiciones, cosas que, semejantes a la corona de hierro del criminal de tiempos pasados, ¡hacen que la cabeza que las sostiene sangre y discurra cosas desrazonables! Se trata de basura, joven mío... ¡solamente basura! Arrójala al agua. Pues hace que la barca pese tanto que tenga que ser impulsada y que casi te desmayes sobre los remos. La hace tan incómoda y peligrosa de maniobrar, que no conoces un solo momento de alivio del ansia de las preocupaciones, no puedes concederte un instante de descanso para la soñadora pereza... no tienes tiempo para contemplar las sombras cuando tocan ligeramente el agua baja, o los fúlgidos rayos del sol que palpitan apareciendo y desapareciendo entre las encrespaduras, o los grandes árboles de las orillas mientras contemplan la propia imagen refleja, o los bosques verdes y dorados, los lirios blancos y amarillos, los juncos que ondean melancólicos, las espadañas, las ortigas o flores azules. ¡Líbrate de la basura, amigo! Deja que la barca de tu vida sea ligera, llena sólo de lo que te sirve... una cosa modesta y sencillos placeres, uno o dos amigos dignos de este nombre, alguien a quien amar y alguien que te ame, un gato, un perro, una o dos pipas, lo suficiente para comer, lo que basta para vestirse, y poco más de lo que basta para beber, porque la sed es una cosa peligrosa.

Entonces te será más fácil empujar la barca, y no tendrá la tendencia a volcar, y tampoco tendrá demasiada importancia si se vuelca: la mercancía buena y sencilla resiste al agua. Tendrás tiempo para reflexionar y para trabajar. Tendrás tiempo para apagar la sed bajo el sol de la vida... tiempo para escuchar las melodías eólicas que el viento de Dios saca de las cuerdas de los corazones humanos”

¿Ha sido una casualidad que, en aquella situación haya caído en este pasaje, con la pequeña maleta compañera de mi vida, y que necesariamente debe contener lo indispensable para un par de días?

‘EL CELIBATO EN SEGUIMIENTO DE CRISTO

Quando se regresa de un compartir, se recibe una carta, recogemos el testimonio de alguno de los miembros de nuestro Instituto Secular Femenino; en un primer momento nos sorprende la diversidad y discreción de nuestros relatos.

Una llamada con múltiples acentos

Para unos, el encuentro con el Señor sobrevino como un acontecimiento, de forma gratuita, sin motivo. Dios hizo irrupción en una vida : «Al final de mis estudios, es ÉL, Cristo, quien me llama no solamente a seguirlo, a seguirlo en su pobreza, pero él se muestra como el Único, como Aquel que puede llenar mi corazón... para siempre».

La experiencia puede ser fuerte, que ha cambiado proyectos de juventud o barrer cualquier otro sueño de amor : “Yo soñaba formar una familia numerosa. Pero los acontecimientos me hicieron encontrar a Cristo en una abadía, en la que viví algo muy fuerte, como si el Señor me pidiera venir a habitar conmigo”.

Para otros, una llamada interior percibida en la infancia a madurar, que a veces se eclipsa para hacerse presente después, porque el Señor renueva y confirma su llamada : « desde la

edad de ocho años me sumergí en la vida de Santa Teresa, a los 15 años sentí de nuevo la llamada del Señor durante una eucaristía ».

«Desde muy joven, mi búsqueda de Dios me produjo una certeza: es Él la fuente del amor e invita a la humanidad, y me invita a una alianza eterna. Mi respuesta a su amor exagerado sólo puede ser un entrega total y sin vuelta».

Para algunos, el deseo emergió progresivamente: «Yo deseaba entregarme totalmente al Señor; cuerpo y alma, pertenecerle exclusivamente en virtud de una llamada, discreta pero persistente, que se imponía en mí cada vez con más fuerza».

«Tú me has seducido y yo me he dejado seducir» o también «A partir de este momento, cualquier cosa sucedía en mi corazón, tenía la impresión de encontrar a Aquel que buscaba desde hacía mucho tiempo».

Para todas, ciertamente, la razón de su opción de vida es Dios y solamente Él. La decisión de elegir el celibato se origina de un encuentro privilegiado entre ellas y el Señor.

Sin embargo, percibimos cierta polifonía en estos relatos de vocación, de la que podemos subrayar, sin pretender ser exhaustivos, tres acentos principales y una tonalidad general.

Un amor preferencial

Este acento raramente aparece como tal en el compartir... Sin embargo, la tonalidad de algunos testimonios permite adivinar la realidad de una comunión con Cristo, buscado o cercano como en la búsqueda del esposo del Cantar de los Cantares: «Finalmente he encontrado a quien mi corazón ama», o «percibido como Aquel que polariza todo el ser y se presenta como el más hermoso de los hijos de Adán, el Incomparable» (Vita Consecrata 15).

Dios se hace encontrar como la fuente de todo amor. Es como si la misma fuente del amor se manifestara directamente como Aquel que ama, como Aquel al que es necesario amar.

Lo que logra la decisión de la persona, es que Dios ha manifestado personalmente un amor tal que ella no puede decir ' sí ', sino diciendo ' no ' a la realización del amor en el matrimonio. El recurso a la imagen de alianza bíblica, que nos remite a la de la Iglesia, esposa de Cristo, permite expresar una realidad percibida en el interior de la persona. Dicha llamada exige una respuesta. No es el servicio a la Iglesia o al mundo lo que se evoca, pues, en primer lugar, incluso si esta motivación está asociada con ello. Lo que se subraya en primer lugar es un amor preferencial por Cristo: vivir la relación con el Señor exclusivamente, de lo que habla San Pablo (1Co 7, 35), pertenecerle en cuerpo y alma, poner a disposición del amor de Dios toda su capacidad de amar.

Cada una de las que se siente llamada así, percibe un amor que desea tomar su ser completamente. Ella se reconoce en la expresión de la Exhortación apostólica Vita Consecrata:

« La experiencia de este amor gratuito de Dios es hasta tal punto íntima y fuerte que la persona experimenta que debe responder con la entrega incondicional de su vida, poniendo todo, presente y futuro, en sus manos» (VC 17).

Un amor universal

En esta llamada particular a seguir a Cristo en el celibato, algunas son más sensibles a otra dimensión: experimentan la disponibilidad al amor universal de Dios. Este amor universal de Dios las afecta personalmente. En el soplo del Espíritu, Él mantiene abiertas todas sus

relaciones humanas y abre progresivamente su corazón a las dimensiones personales para amar y ser amadas. Libera su deseo y sus esperanzas para la alegría de existir con otros en su presencia.

«Viviendo el celibato con Dios, yo experimento este amor absoluto que dona, recibe, perdona, un amor fuerte y dulce [...]. Sí, mi celibato simplifica, facilita, libera mi relación con los otros. Me abre los caminos de la disponibilidad. Disponibilidad de mi tiempo y de mi corazón».

La libertad de corazón que puede donar el celibato así vivido, descubre, en realidad, inmensas perspectivas y caminos que abren a otros hombres y mujeres a la vida.

«Misionera y contemplativa, trato de vivir de una sola y única manera mauritana la comunión permanente con el Señor y con los hombres, mis hermanos, en el seno de la multinacional en la que trabajo». Una forma de ser para los otros, en el mundo, que exige una asiduidad con el Señor sin negligencia ni distracción.

Una manera de identificarse con Cristo

Estar con Cristo, ser como Él : la insistencia se puede poner en el deseo de identificación con Cristo, Él que ha realizado la elección del celibato y de una total disponibilidad al Padre y a los hombres. « Mi deseo de identificación con Cristo es prioritario y esta llamada me abre al deseo de disponibilidad total». O también: « He vivido una conversión fortísima hacia los 30 años y el celibato se me impuso en aquel momento. Yo quería ser toda de Dios y toda a su servicio».

Todo se encuentra como condensado en este deseo explícito de configurarse totalmente a Él, hasta el punto de realizar un solo ser con Cristo (ISFCJ n°15) y compartir de manera singular su forma de vida (cfr. VC 18, b – c).

Habiendo abierto Cristo el camino del celibato por el Reino, esta elección se vive desde entonces como una gracia de unión e incluso de asimilación a Cristo, de disponibilidad total en Él para el servicio de los demás y de la humanidad; «Para mí, el celibato es la elección, para seguir a Cristo, de vivir con Él y como Él, en una disponibilidad total a este don». La mayoría de las veces, el deseo de identificación resulta de un proceso de unificación: esta elección se vive como una especie de pacto de amor con el Señor, que se ha de renovar sin cesar y que tiende a invadir de forma progresiva toda la profundidad de la existencia. Como en el amor conyugal, se pasa del compartir la vida con el otro, al don (vivir para el otro), para aproximarse a la identificación (vivir en el otro).

Un camino exigente

Todo esto no debe hacer olvidar lo que la mayor parte de los relatos subraya o hace intuir: este camino de vida es exigente. Aceptado con humildad y confianza en Dios, a veces después de muchas deliberaciones, exige elecciones concretas que necesitan vigilancia y renuncia, consecuencias de toda elección preferencial.

Vigilancia: Según modalidades ya mencionadas, Cristo ha llamado a estas personas célibes a relativizar todo lo que no es Él, donándoles acoger, en esta perspectiva, a las demás personas y las realidades del mundo. Por ello, como en la parábola de las diez jóvenes invitadas a las nupcias, pretenden estar atentas al Aquel que viene, tanto en el silencio de la oración como en el encuentro con los hermanos humanos. Una vigilancia que, en el presente, permite tanto

profundizar la relación de intimidad con el Señor, como mostrar la fraternidad; «Mi celibato es una soledad poblada». Una vigilancia que orienta, también, decididamente hacia el final de la existencia, cuando todas y todos estaremos en la comunión del amor infinito de Dios.

Renuncia.

Porque otra comunión ha tomado la delantera, estas personas célibes, al seguimiento de Cristo, renuncian al amor humano bajo su forma conyugal y a los vínculos del tipo de enamoramiento. Desean poner a disposición del amor de Dios toda su capacidad de amar, contando fundamentalmente con la gracia del Espíritu. No sin lucha interior. El celibato, el seguimiento de Cristo se sitúa en el dinamismo del misterio pascual. Y también las personas célibes renuncian al estatuto de padres: « Me doy cuenta de que una parte de la familia se apaga» Sin embargo, no renuncian al deseo de comunicar la vida. Consienten producir fruto en Cristo de otra manera y descubren que ellas no pueden comunicar la vida y sólo donársela a ellas mismas, de otra forma, como un don recibido. «Este don (del celibato) se recibe para permitirnos amar». También aquí, se sitúa decididamente en la fe en el Resucitado.

Un proyecto de vida global

Estos acentos notados en los relatos de vocación, no deben esconder las otras dimensiones del seguimiento de Cristo: la elección del celibato no es una elección dividida en compartimientos. Ya que afecta a los dinamismos fundamentales del ser, se sitúa en un estilo de vida, en un proyecto global, cuya motivación profunda es el deseo de estar completamente configurados con Cristo. Adquiere todo su sentido si está juntamente con otros elementos y se dan las condiciones de la fidelidad. Como nos recuerda el Libro de vida: «El don del celibato no se puede separar de otros aspectos de nuestra vida en medio de los hombres: disponibilidad, vida fraterna, oración, pobreza, compromiso» (LV n° 43). Es, pues, un modo radical de dar testimonio de la Resurrección.

Marie-Thérèse VANLERENBERGHE
ISF - Arras
Sacado de Cor unum N° 1 2011

SACERDOTE Y CÉLIBE

Cuando pensé hacerme sacerdote, hace cincuenta años, la cuestión del celibato no se presentaba para mí. Quería ser sacerdote para ser testigo del amor de Dios a todos.

Ser célibe, era algo descontado. Sacerdote y celibato estaban en el mismo paquete, se diría hoy día. Pero pudo haber sido de otra manera.

Cuando era un joven sacerdote estudiante, mis amigos habían decidido que yo no bailararía en las veladas. Y cuando era profesor, trataba de Usted a los alumnos del Instituto de segunda enseñanza y tuteaba a los jóvenes del colegio. Pero tres años más tarde, mis colegiales ya eran alumnos del Instituto de segunda enseñanza y tuteé a todos. En la parroquia prefiero tratar de Usted a las mujeres y guardar así cierta distancia. ¿Timidez? ¿Prudencia? ¿Reserva? ¿Respeto? Un poco de todo. Cuando regreso a casa en Denain, la noche, siempre encuentro un grupo de jóvenes magrebíes que toman el fresco sentados en el banco. Son los guardianes

de la casa. Me toman el pelo sobre los sacerdotes pedófilos y me preguntan si no tengo mujeres en mi vida. «¡Incluso pagando!» Para ellos el celibato es inconcebible. También de noche los vagabundos llaman a la puerta. Y cuando les he dado una lata de conservas, pan y una botella de agua fresca, me dicen al despedirse: «Dé las gracias a la señora». Yo visito también una cárcel. Y el otro día, Robert, encarcelado y encerrado en un lugar difícil, lejos de sus mujeres y de sus múltiples hijos, me preguntó si en mi vida yo no había estado nunca con una mujer. ¿Incluso una sola vez? ¡Me sonrió, dándome a entender que tenía suerte!

Mi hermano y mi hermana están casados, son padres y abuelos. Cada uno tiene sus alegrías y sus preocupaciones y ninguno puede envidiar o quejarse de los otros dos. Y yo no me quejo.

Cuando apago tarde el ordenador, o regreso de una reunión a medianoche, mi esposa no me echa nada en cara. Tengo una gran disponibilidad, pero con el riesgo de perjudicar mi salud y mi equilibrio. De ahí la importancia de la oración, de la misa cotidiana, (y Cor unum y los movimientos de adultos me ayudan mucho). Los amigos y la familia ocupan mucho espacio: visitas, correo, teléfono; me sacrifico. Pero debería releer y evaluar este equilibrio de vida con más frecuencia. Mi obispo acaba de confiarme una nueva parroquia. Y ha añadido con su puño debajo del nombramiento: «Cuídate». (Se llama Garnier, ¡como en la publicidad!). Pero echo de menos la separación imprevista y difícil de una comunidad atractiva, sobre todo porque ignoro con qué finalidad se realiza la nueva misión. Puede ser que tenga que pagar una deuda. Todo esto me hace vivir un despojo, una separación. Separarse, tener a raya, a distancia las personas y su autonomía, el dinero como medio para servir y ser útil, la situación y el reconocimiento que yo tenía en una ciudad. Y partir de nuevo casi de cero.

Cuando me ordené sacerdote, fue en diciembre de 1968, seis meses después de los ‘acontecimientos’, el obispo de entonces me puso la pregunta ritual: «¿Me prometes a mí y a mis sucesores, respeto y obediencia?» Y cuando yo pronuncié el Sí, quitó el micrófono, levantó su dedo índice y me pidió a parte: «¡Se fiel, eh!»

Jean-Marie TELLE
PCJ CAMBRAI

Tomado de Cor unum N° 1 .2011

VIAJE DE “CONOCIMIENTO MISIONERO”

Viaje a Costa Rica

“El recorrido prevé un contacto directo con la realidad de misión a través de un viaje de conocimiento durante el verano...”. Esta es la frase escrita en el volántin que presenta la finalidad del recorrido de formación misionera, que este último año se ha realizado en Ragusa y Mesina. Precisamente de estas dos ciudades eran los cinco participantes – tres de Mesina y dos de Ragusa – en el “viaje de misión” a Costa Rica, del 22 de agosto al 10 de septiembre.

Participar en el viaje presupone tener una buena motivación, deseo de conocer de cerca la misión y encontrar a los “otros”, mucha capacidad de adaptación, cierta disponibilidad económica y de tiempo, etc. Juntando todo esto, la semana después de Pascua se formó el grupo de los que partirían y desde este momento comenzaron los preparativos. En realidad, además de los temas del recorrido, se realizaron algunos encuentros de conocimiento

interpersonal, de preparación relativa al viaje y de conocimiento de la realidad de Costa Rica.

Pero existe una preparación no “muy visible”, que exige igual disponibilidad de energías y de tiempo. Recuerdo la búsqueda esmerada de un billete a buen precio para el vuelo, porque Costa Rica es un país de turismo y los costes eran bastante altos, después, por suerte, encontramos una posibilidad a un precio conveniente.

Con Teresina se inició un intercambio de propuestas y contrapropuestas, con intercambios de iniciativas y de actividades, para definir el programa y para que el viaje pudiera responder a los objetivos propuestos, pero sobre todo hemos confiado en Dios, con la certeza de que Él nos sorprendería con sus novedades y su generosidad.

Con estos presupuestos llegamos al aeropuerto de San José la mañana del 23 de agosto, donde encontramos a Teresina que nos estaba esperando. Con ella iniciamos el viaje hacia nuestra casa – que nos hospedaría los días que pasaríamos en San José – y lo proseguimos durante los siguientes 18 días.

Repensando en cuanto habíamos vivido, se me presentan muchas imágenes, encuentros y personas que enriquecieron de forma particular nuestro viaje: el conocimiento de la ciudad de San José, el centro con su gente atareada y sus contrastes, el teatro, los museos,... y también la visita a algunos barrios marginados de la periferia: “La Sagrada Familia”, donde los postulantes combonianos compartieron con nosotros sus camino formativo y la presencia en la realidad más problemática del barrio en el que están insertados, a pesar de la joven edad; la visita a “La Carpio” con el proyecto del “Centro San Martín de Porres”, que el campo de trabajo de este año ha sostenido, y donde entre los muchos problemas del barrio vimos también signos de esperanza.

Recuerdo el encuentro con las misioneras de la Cellula, presentes ahora en Costa Rica: Ana Bertha, Guiselle y Jeannette, que nos presentaron cómo viven la vocación de misioneras seculares combonianas en su realidad costarricense; el paso veloz por Limón para conocer la realidad de la costa del Caribe y la visita a la familia de Ina, que actualmente se encuentra en Colombia, y finalmente el viaje a la provincia de Guanacaste, en la diócesis de Tllarán-Liberia, en el norte de Costa Rica, de donde es Obispo Monseñor Vittorino Girardi, comboniano. Desde aquí, nos dividimos en dos grupos, dos jóvenes fueron con Teresina a una parroquia de la provincia y tres conmigo a una parroquia de la periferia de la ciudad de Liberia.

En esta parroquia se estaba iniciando la “gran misión continental” (la misión propuesta para todo el continente americano por la Conferencia de Aparecida, Brasil, en 2007, y asumida como compromiso en el Congreso Americano Misionero en Quito en 2008), y también nosotras estuvimos implicadas en la misión. El Párroco nos envió a “Martina Bustos”, un barrio muy pobre, donde juntamente con algunos misioneros laicos y algunos líderes del puesto fuimos visitando de dos en dos casa por casa. La visita consistía en proponer un sencillo cuestionario para conocer los problemas de la familia, e invitar a participar en la asamblea cristiana semanal para reflexionar sobre su situación a la luz de la Palabra de Dios.

Fue una inmersión profunda en una realidad muy dura...; la mayoría de la población estaba formada por inmigrantes de Nicaragua, sin título de propiedad del terreno, donde tenían la “casa” (con el peligro, pues, de ser echados en cualquier momento), sin agua, sin luz, muchos con las dificultades de la falta de trabajo... Escuchamos muchas historias vividas en la precariedad, con muchos sufrimientos, y experimentamos nuestra debilidad e incapacidad en dar una respuesta a todo lo que habíamos visto y compartido.

Sin embargo, también aquí recibimos un fuerte testimonio por parte de muchas personas que han comprometido su vida en hacer presente el Reino de Dios en estas situaciones. Comenzando por el Padre Ronal, párroco comprometido en la pastoral social y que ha dado las gracias al Señor por los frutos de la misión que ya comenzaban a manifestarse; Fátima y otros dos jóvenes misioneros laicos de Venezuela, que con su dedicación nos hicieron gustar las bellezas de la vida donada en favor de los más pobres; las “señoras” del barrio, con las que compartimos la visita a las familias: en su sencillez nos hicieron comprender cuánta fuerza puede dar la fe en el Señor.

Personalmente quiero recordar la visita a una familia, en la que una niña que participaba en la Infancia Misionera, recitó una oración por “los misioneros que abandonan sus familias y sus países para ir a tierras lejanas a anunciar a Jesús”. Me sorprendió que desde aquel lugar, donde la pobreza era evidente, se realizara un oración por los misioneros, ... me interrogué sobre mi oración y me conmoví. Me dije que ciertamente aquella oración llegaba al corazón de Dios y muchos misioneros se habrán beneficiado.

Quiero recordar también al Obispo Monseñor Vittorino Girardi, que nos acogió, y nos permitió tener un contacto significativo con la realidad de su diócesis. En el diálogo que mantuvimos con él compartió con nosotros sus preocupaciones pastorales y también la preocupación económica, pero, a pesar de todo, manifestó una gran confianza en la ayuda de la Providencia y en las personas que trabajan en la diócesis. Me pareció una actitud muy comboniana.

Concluyo firmando que “el viaje de conocimiento de una realidad misionera” – éste era el objetivo del viaje – nos permitió conocer una realidad muy varia como la de Costa Rica: paisajes estupendos y playas maravillosas, pero al mismo tiempo situaciones de marginación y las contradicciones de nuestro mundo actual, en el que el bienestar se reserva sólo a unos pocos. Y nos permitió conocer el estilo misionero de muchas personas que, aunque con modalidades diversas, anuncian el mensaje de Jesús.

Quiero añadir que cuando decidimos realizar el viaje a Costa Rica, lo habíamos hecho para conocer una realidad y un país en el que nosotras M.S.C estamos presentes, con la conciencia de que esto podía facilitar la organización del viaje, pero también para favorecer un contacto directo con nosotras y, entre las muchas experiencias que se podían conocer, podría estar nuestro modo de estar presentes en misión.

Debo decir que esto los jóvenes lo comprendieron y nos dieron las gracias.

Hubo dificultades, la primera de ellas la dificultad en la comunicación con la gente del lugar (no se puede pensar aprender una lengua con un curso de algunos meses y con algunas lecciones esporádicas), pero esto hizo experimentar, en cierto sentido, la propia incapacidad y debilidad y quizás permitió realizar otros tipos de comunicación.

Por mi parte, un gracias a quien ha colaborado, de forma diversa, en este viaje (con la oración, el interés y demás...) y un gracias sobre todo al Señor porque, a través de las situaciones y de las personas que encontramos, ha “tocado” el corazón de quien ha participado en el viaje. Estoy segura de que el Señor sabrá hacer fructificar, como y cuando querrá, todo lo que ha sido sembrado.

Maria Pia Dal Zovo
De Dialogo N6 -2010

MÁRTIR DE LA JUSTICIA Y DE LA FE

Presentamos el significativo testimonio de Rosario Livatino, el joven juez ferozmente asesinado por la mafia hace veinte años, la extraordinaria actualidad de su pensamiento, de ser magistrado en la sociedad de hoy; el límpido testimonio de vida cristiana vivida con heroísmo, rigor, fidelidad y discreción.

Rosario Livatino es, quizás, la más bella figura cristiana entre las víctimas de la mafia siciliana: magistrado en Agrigento, fue asesinado mientras volvía a su casa de Canicattì, la tarde del 21 de septiembre de 1990. Tenía 38 años, y estaba son escolta y sin coche blindado: nunca los quiso. Se sabía que era un magistrado valiente y ahora se descubre que era un cristiano serio. Sin duda refiriéndose a él, el Papa, el 9 de mayo de 1993, después de haber encontrado en Agrigento a sus padres, dirá de los asesinados por la mafia: “Son mártires de la justicia e indirectamente de la fe”.

En el profundo valle, al lado de la autopista, donde había precipitado agonizante al tratar de huir de sus asesinos, se encontró una agenda de trabajo. En ella, en la primera página, destacaba la sigla “S’ID”: “Sub tutela Dei”.

Aquella sigla se encuentra en todas sus agendas y recuerda – ha explicado el profesor Giovanni Tranchino, que fue profesor universitario de Livatino – “las invocaciones con las que, en edad medieval, se impetraba la divina asistencia en el cumplimiento de ciertos oficios públicos”. Su Obispo lo describió como “comprometido en la Acción Católica, asiduo en la Eucaristía dominical, discípulo fiel del Crucificado”

Se ha constatado su compromiso de que en el aula de las audiencias, en el Tribunal, hubiera un crucifijo. Cada mañana, antes de ir al Tribunal, iba a rezar a la cercana Iglesia de San Giuseppe. Pero todo esto con la máxima discreción. Iba a la misa dominical con sus padres. El mismo párroco de la Iglesia de San Giuseppe ignoraba quién era “aquel joven profundamente recogido”, que veía desde hacía años. Pocos sabían en la ciudad que era un juez de primera línea y casi nadie sabía que era un cristiano militante.

En la agenda de 1978 se encuentra esta invocación sobre su profesión de magistrado, con fecha 18 de julio, que suena como consagración de una vida: “Hoy he prestado juramento: desde hoy estoy en la magistratura. Que Dios me acompañe y me ayude a respetar el juramento y a comportarme del modo que la educación, que mis padres me han enseñado, exige”.

En las agendas de 1984 a 1986 existen referencias dramáticas a una crisis de conciencia, debida – parece – a amenazas y condicionamientos: “Veo negro mi futuro: Que Dios me perdone” (19 de junio de 1984). Algo se ha roto. “Dios tendrá piedad de mí y ¿me mostrará el camino?” (31 de diciembre de 1984). Hasta una solución de fe y de aceptación de la perspectiva del martirio: “Hoy, después de dos años, he comulgado. Que el Señor me proteja y evite que cualquier cosa mala venga de mí a mis padres” (27 de mayo de 1986).

De la conferencia sobre la función del juez, bastará traer estas palabras, que adquieren la grandeza y el fuego de su sangre: “El juez de cada tiempo debe ser y parecer independiente, y puede serlo y parecerlo donde él mismo lo quiera, y debe quererlo para ser digno de su función y no traicionar su mandato”. Morirá precisamente por la decisión de llevar adelante una investigación sobre la mafia, sustrayéndose a todo condicionamiento del ambiente mafioso en el que tenía que moverse y que radicalmente rechazaba.

De la conferencia sobre fe y derecho tomo un paso de extraordinaria profundidad, que describe el hacer justicia como un acto de oración: “La función del magistrado es la de decidir. Ahora bien, decidir es elegir y, a veces, entre numerosas cosas, caminos o soluciones. Elegir es una de las cosas más difíciles que el hombre está llamado a hacer. Y es precisamente en este elegir para decidir, decidir para ordenar, que el magistrado creyente puede encontrar una relación con Dios. Una relación directa, porque el hacer justicia es realización de sí, oración y dedicación de sí mismo a Dios. Una relación indirecta por el trámite del amor hacia la persona juzgada”.

Aquella conferencia termina con una página que afirma la coincidencia final, para el cristiano, de justicia y caridad: “Los no cristianos creen en el primado absoluto de la justicia como hecho absorbente de toda la problemática de la normativa de las relaciones interpersonales, mientras los cristianos pueden aceptar este postulado con la condición de que se acepte el principio de la superación de la justicia a través de la caridad”.

Si nos encontráramos en los primeros años de la Iglesia, Rosario Livatino ya sería venerado como mártir y doctor.

Luigi Accattoli - Nuovi Martiri, Ed San Paolo

PARA REFLEXIONAR

De una prelusión a los miembros de su Instituto con ocasión de la fiesta de los votos

Giorgio Mario Mazzola

‘¿Está el Señor entre nosotros o no?’ (Ex 17, 7).

Así, en el Libro del Éxodo, se interrogan las tribus de Israel, en el oasis de Refidim, después Masá y Meribá (‘prueba’ y ‘contestación’).

‘¿Es precisamente cierto que el Señor quiere librarnos o es una invención nuestra?’; ‘¿Es precisamente cierto que somos guiados por el Señor o nos hemos engañado?’, ¿es precisamente cierto - para referirnos al significado de la celebración de esta noche – que el Señor nos llama a entregarle toda nuestra vida, o quizás no es tan necesario y, pensándolo bien, no ha sido Él quien nos lo ha pedido?

En aquella situación en la que se encuentra el pueblo de Dios en medio del desierto, después de la salida de Egipto, podemos reconocer la condición espiritual de quien, puesto a seguir de cerca al Señor, encuentra muchas dificultades y fatigas que parecen contradecir el paso inicial y conducen a dudar del mismo paso.

En el Instituto, este año, no tenemos profesión de los primeros votos, mientras algunos hermanos prometerán sus votos perpetuos en Italia, Polonia y República Democrática del Congo. Esto nos ofrece la ocasión de dedicar nuestra reflexión de esta noche precisamente a este tema; se tiende a juzgar, de hecho, que los votos perpetuos o, de todas formas, la incorporación definitiva, que se realiza después de diez años de los primeros votos, son, de alguna manera, una consecuencia natural y necesaria de aquel primer paso y que, por tanto, no hay mucho que añadir, a no ser la decisión de una definitividad, que ya estaba contenida en la elección que había sostenido los primeros votos. Por tanto, un paso, en fin, obvio, sobre el que no habría mucho que decir. Pero no es así. La decisión de nuestros candidatos a los votos perpetuos, y la decisión a la que todos estamos llamados esta noche, de renovar ante el Señor

la entrega de nuestro corazón, de nuestra mente y de nuestras fuerzas, está sostenida por muy diversos convencimientos y por una condición espiritual muy diversa respecto a los primeros días.

Refidim significa manos debilitadas, brazos flacos. El pueblo, reunido en el oasis de Refidim, es diverso del pueblo que salió de Egipto. Allí los brazos estaban armados (Ex 13, 18), aquí están desgastados. Allí el Señor marchaba delante del pueblo (Ex 13, 21). Aquí Dios no se hace sentir. Y no hay agua para beber.

Se trata de dos momentos diversos de la misma acción de salvación: la liberación, con la salida de Egipto, es un acontecimiento único, central; el tiempo del camino y de la parada en el desierto es, en cambio, el tiempo prolongado de la alianza. Justamente, estos dos tiempos de la salvación han sido unidos a los dos sacramentos del Bautismo y de la Confirmación.

La Alianza que se establecerá precisamente a raíz de la salida de Refidim (un poco más adelante en el Libro del Éxodo, en el capítulo 20), introduce un nuevo acontecimiento sorprendente: Dios quiere participar en nuestra vida.

En las diez palabras entregadas en el Sinaí, Dios no nos pide construir un altar para Él. Mejor, si bien se mira, Dios parece pedirnos prestar mucha atención a no construir nada que pueda hacerlo más aprovechable o visible. Dios quiere, en cambio, entrar en los recovecos de nuestra vida, y ahí quiere ser reconocido y glorificado.

Dios no está en las iniciativas hechas en su nombre. No está tampoco, si bien se considera, en las oraciones que se le dirigen. Dios no es gobernable, no está a nuestra disposición. Superar la prueba de Refidim significa aprender, por decirlo así, a estar con Dios sin tenerlo. A vivir para Él sin tener la percepción directa. A vivir para Él aprendiendo a vivir la vida que nos ha donado.

En Refidim se presenta en la escena otro personaje. Es Amalec. Es el nombre de una población del desierto, pero con Amalec se alude a la potencia del demonio, que ataca a Israel en el momento de la debilidad y de las dudas, en el momento en que el pueblo es tentado por la nostalgia de lo que ha dejado.

Aquí vienen a la memoria las palabras de un escrito memorable del Profesor Lazzati, escrito en los campos de concentración: el demonio meridiano, que el Profesor define precisamente así: “es la tentación que se presenta como nostalgia de lo que hemos renunciado por amor de Dios”¹. El tiempo de la Alianza, el tiempo de la confirmación, es el tiempo en el que debemos afrontar tentaciones muy serias. No sólo se comienza constatando que la propia elección de consagración no produce muchos frutos visibles - cosa que cada Encargado de los aspirantes recuerda en el tiempo de la formación, como característica en parte peculiar de una vocación como la nuestra, que no tiene obras que aseguren adecuadas compensaciones y reconocimientos.

Emergen también tentaciones más radicales, de las que se aprovecha nuestro Adversario, apoyándose en nuestras dudas. Y la tentación más radical es precisamente ésta: ¿Está con nosotros el Señor? ¿Está con nosotros el Señor en este camino vocacional un poco ‘raro’?

La guerra contra Amalec, que el Libro del Éxodo anuncia como perenne, “de generación en generación” (Ex 17, 16), la vence Moisés estando con los brazos alzados. Pero aquellas

¹ Giuseppe Lazzati, desde Deblin Irena, diciembre 1943, en *Il Regno di Dio è in mezzo a voi*, vol. I.

manos no pueden soportar el peso y tienen necesidad de ser sostenidas.

Lo hemos dicho otras veces, nosotros, los consagrados, no somos mejores que los otros. En nuestra vida, sin embargo, debemos confrontarnos con mayor frecuencia con aquel interrogante: ‘¿está el Señor en medio de nosotros o no?’ Porque si el Señor no está con nosotros, entonces todo es inútil. Podemos hacer las cosas más extraordinarias, pero si el Señor no está con nosotros, todo pierde sentido.

En la Alianza que renovamos esta noche, como dijo uno de nosotros con ocasión de la Fiesta del año pasado, reconocemos en la llamada del Señor, a través del Instituto, un contrato bellissimo, aunque cuando lo hemos firmado no nos hemos dado cuenta de aquellas cláusulas adjuntas, en letra pequeña.

Una de estas cláusulas son los hermanos del Instituto, porque allí estaba escrito que los hermanos se equivocan, como yo, como cada uno de nosotros. Estaba escrito que, precisamente por esto, es necesario que cada uno se responsabilice del camino del otro.

Para que no nos suceda estar entre aquellos que “porque no saben amar a los hombres, creen amar a Dios”²

Los hermanos son un don, ciertamente; pero también aquí se ha de prever la lucha.

En otra de estas cláusulas estaba escrito que el compromiso secular que nos ha consumido tantas energías y tanto entusiasmo, puede ser también difícil, complicado, y nos puede encontrar desorientados, inciertos. Si quisiéramos usar una metáfora deportiva, podríamos decir que estábamos acostumbrados a jugar en un campo amigo, y la preparación y las reglas eran claras. Ahora debemos jugar, por decirlo así, fuera de casa, y el terreno de juego es desconocido, inseguro, y faltan las referencias a las que estábamos acostumbrados.

Estaba también escrito que, durante los años, deberíamos aprender a releer el significado de nuestros votos, para darnos cuenta de que quieren indicar una solicitud mucho más profunda y exigente.

En realidad, pensábamos deber renunciar a algunos bienes materiales, en cambio comprendemos que debemos aprender a no juzgarnos a nosotros mismos un bien absoluto, sino más bien, para usar las palabras de San Ignacio, a ceder a Dios nuestra libertad, la memoria, la inteligencia y la voluntad.

Pensábamos deber renunciar al amor y a la confortación de una familia, y comprendemos que se trata de renunciar a establecer de qué modo el Señor nos conducirá a la plenitud del amor. ¡Que ciertamente el Señor nos dará!

Pensábamos deber obedecer a algunas exigencias del Responsable, en algunas partes de la vida, y nos damos cuenta de que el Señor nos pide sobre todo, con la ayuda de los hermanos, aprender a obedecer a la vida, a toda la vida.

El tiempo de los votos perpetuos es el tiempo en el que aceptamos establecer una Alianza que afecta a todas las partes de nuestra vida, especialmente a aquellas partes que, para nosotros y, así al menos nos parece, para el Señor, se presentan de un modo muy modesto.

² Charles Péguy: “Porque no tienen la fuerza de ser de la naturaleza, creen ser de la gracia. Porque no tienen la valentía de ser del mundo, creen ser de Dios. Porque no tienen el valor de ser de uno de los partidos del hombre, creen ser del partido de Dios. Porque no son del hombre, creen ser de Dios. Porque no aman a nadie, creen amar a Dios”.

Dios quiere ser encontrado en los recovecos de la vida: en lo inesperado, en lo gratuito. En la fatiga, en el dolor. En el ingenio, en la dedicación. En el deseo, en la amistad. En la voluntad, en el entusiasmo³.

Esto es lo que Dios quiere, y esto es también lo que nuestra vocación quiere significar. Mostar a Dios que se presenta y se encuentra en los recovecos de la vida.

Estamos justamente preocupados por ayudar a los hombres a reconocer el Infinito, y no nos damos cuenta de que el Infinito está contenido en la sintaxis de la vida. Por ejemplo, ¿qué hay más grande e ilimitado del dolor por la pérdida de una persona querida? ¿Es mensurable un tal dolor? Y ¿qué hay más grande e ilimitado del amor por quien es débil, por quien sufre inocentemente, por quien está abandonado? ¿Es mensurable un amor así? ¿Es mensurable el amor? ¿No es ésta escuela de infinito?

Finalmente, y sobre todo, Dios pide ser reconocido allí donde existe una derrota que se está delineando, donde hay una prevaricación que se está perpetrando. Porque allí el Señor está abriendo un camino, allí el Señor está avanzando, gana de nuevo espacio. Allí donde existe derrota y muerte, renace la vida. Porque la ley inscrita en esta vida es ésta: es necesario estar dispuestos a morir para poder dar vida – esto las mamás lo saben bien.

Por esto ‘hagamos voto’: de confesar que ésta es la ley que gobierna nuestra existencia y el mundo entero: se genera vida sólo estando dispuestos a cederla.

Tomado de Comunicare / Condividere N°375

“OS ENCOMIENDO LA PALABRA...”.

«¿Estamos verdaderamente penetrados por la Palabra de Dios? ¿Es verdad que ella es el alimento del que vivimos, más que el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos de verdad? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta Palabra hasta el punto de que deje realmente una huella en nuestra vida y forme nuestro pensamiento?»: así el Papa Benedicto XVI en un paso de la carta con la que proclamaba el año sacerdotal. Los presbíteros – afirma el Papa – en su vida y acción se deben distinguir por un fuerte testimonio evangélico, que crece y se mide en contacto continuo con la Palabra. Don Ernesto della Corte, nuestro compañero y biblista, nos conduce a descubrir qué decisivo y vital es para nosotros, dejarnos habitar por la Palabra, para que ella pueda llegar a los confines de la tierra y a los confines del hombre.

LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA DEL PRESBITERO.

Un tema constitutivo de la espiritualidad del Presbítero es *su relación con la Palabra de Dios*. Oyente de la Palabra, su siervo, el presbítero se deja alcanzar, penetrar, medir por ella en una relación vital que es sobre todo acogedora y obediente. Para que la semilla de la Palabra pueda dar fruto en él es oportuno luchar con las armas de la oración y de la asiduidad en la escucha, teniendo como punto cotidiano de referencia la Palabra de Jesús: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios».

³ Sólo en el entusiasmo el ser humano ve con precisión el mundo. Dios ha creado el mundo con entusiasmo” Marina Tsvetaeva.

Hablaré hasta que la espada de la Palabra de Dios, también por mi medio, llegue a traspasar el corazón del prójimo. Hablaré hasta que la Palabra resuene incluso contra mí por medio mío.
(GREGORIO MAGNO, *Homilías sobre Ezechie* (1, 11,5))

Introducción.

La reflexión sobre la Palabra de Dios en la vida del Presbítero parte de dos convicciones:

El presbítero es en primer lugar un discípulo del Señor, un llamado a un ministerio específico con relación a la Palabra de Dios, el que en los Hechos de los Apóstoles se define *diaakonía tou lôgou* (Hch 6, 4). La espiritualidad del presbítero además de esto, nace de su ser, de su hablar, de su actuar como presbítero en la Iglesia de Dios. Él comparte el seguimiento del Señor con todos, pero al mismo tiempo recibe su vida espiritual también a través de todo lo que realiza como presbítero. Meditemos dos certezas evangélicas: en primer lugar el presbítero es un hombre «encomendado a la Palabra»; después es también «ministro de la Palabra».

El presbítero es un hombre «encomendado a la Palabra».

La expresión «encomendado a la Palabra» se encuentra en los Hechos de los Apóstoles, en boca de Pablo, en el discurso de despedida de Mileto que dirige a los presbíteros-obispos (cfr. Hch 20, 17-28): «Y ahora os encomiendo (*paratithemai*) a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio y daros la herencia con todos los santificados (Hch 20, 32)». Los «ministros de la Palabra» *hyp rétai tou lôgou*: Lc 1, 2), están encomendados a la Palabra de Dios. Ellos mismos están encomendados a la Palabra, que es una realidad «viva, eficaz y más cortante que espada alguna de dos filos» (Hb 4,12), que tiene el poder de salvar la vida (cfr. St 1, 21), que es «potencia de Dios» (*dynamis theou*: Rm 1, 16). Pero ¿cómo los presbíteros son encomendados a la Palabra? A través de la escucha asidua de la Palabra y, como lógica consecuencia, a través de la realización, de la puesta en práctica de la Palabra misma.

La escucha de la Palabra.

Cada creyente, también el presbítero, es sobre todo un oyente de la Palabra, porque «la fe nace de la escucha» (*fides ex auditu*: Rm 10, 17). En la fe hebrea, y por consiguiente en la cristiana, la escucha es la primera acción para entrar en comunión con Dios. Dios habla, y si el hombre acoge su Palabra, es decir, si escucha y obedece (en hebreo el mismo verbo, *šûma`*, designa estas dos realidades), entonces se convierte en creyente, en uno que responde a Dios poniendo en práctica su Palabra. Si para Dios «en el principio existía la Palabra» (Jn 1, 1), para el hombre «en el principio existe la escucha».

Jeremías afirmó el primado de la escucha respecto a toda acción de culto: «Que cuando yo saqué a vuestros padres de Egipto, nada les dije ni mandé sobre holocausto y sacrificio. Lo que les mandé fue esto otro: ¡‘Escuchad mi voz’ !» (Jr 7, 22-23; cfr. también Am 5, 21-25). «Mejor es obedecer que sacrificar» (1S 15, 22), afirma el profeta Samuel.

No podemos buscar a Dios, indagar sobre Él, únicamente si Él se revela y nos habla, entonces lo conocemos; en caso contrario corremos el riesgo de conocerlo falsamente, según nuestros deseos, nuestras proyecciones, o sencillamente «sólo de oídas», como dice Job, el gran sabio (Jb 42,5).

Veamos la dinámica contenida en el *šûma` yiSrä`el* (Dt 6, 4-5):

- «Escucha Israel»: la escucha es la fuente y el principio de toda experiencia religiosa.
- «El Señor es nuestro Dios»: de la escucha nace la fe.
- «El Señor es uno solo»: la fe determina el conocimiento.
- «Tú amarás al Señor tu Dios»: este itinerario llega al amor.

Esta escucha para el presbítero, que de ella debe tomar el anuncio, la proclamación, se convierte en primaria. La figura del Siervo del Señor en Isaías, el *(‘eved Adonai)*, descrito en los cuatro «cantos» (*Is* 42, 1-9; 49, 1-7; 50, 4-11; 52, 13-53,12) nos sirve de enorme ayuda para la comprensión. El siervo es figura profética del predicador de la Palabra de Dios: es un «elegido» (*Is* 42, 1; *Mt* 12, 18), un «siervo de la Palabra» (cfr. *Lc* 1, 2), llamado a proclamar la Palabra (cfr. *Is* 42, 3-4; 61, 1-2; *Lc* 4, 18-19), y por esto figura ejemplar de Cristo y de todo anunciador de la Palabra. El siervo tiene una misión precisa: «dictará ley a las naciones» (cfr. *Is* 42, 1), «para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra» (cfr. *Is* 49, 6), «dirigir la palabra a los oprimidos». (cfr. *Is* 50, 4): «El Señor, Yahvé, me ha dado una lengua dócil, que sabe decir al cansado palabras de aliento. Temprano, temprano despierta mi oído [existe la idea de Dios que impulsa a la escucha, destapando/despertando el oído, la parte del todo, la inteligencia] para escuchar, igual que los discípulos. El Señor, Yahvé, me ha abierto el oído y yo no me resistí, ni me hice atrás» (*Is* 50, 4-5).

Deber primario del presbítero es el de *acoger, custodiar y realizar* la Palabra: sólo así será capaz de comunicarla a quienes ha sido enviado por el Señor. Ay si acogiese la Palabra no para sí, no sintiéndose él mismo discípulo, sino pensando exclusivamente en los otros: sería «dejar caer la Palabra de Dios» (cfr. *1S* 3, 19) cerca, pero no en el propio corazón. Podemos afirmar precisamente que sería instrumentalizar la Palabra en vista de la predicación, precisamente por quien no se siente bajo el primado de la misma Palabra (*la Palabra cayó sobre mí*: es la expresión de los profetas; (cfr. *Jr* 1, 2; *Ez* 1, 3; *Lc* 3, 2). Una admonición se eleva del Papa Gregorio Magno, gran estudioso de la Biblia, a propósito de su leer la Escritura *para* los otros y *con* los otros: «Muchas cosas en la Sagrada Escritura que yo solo no he lo grado comprender, las he comprendido poniéndome ante mis hermanos (*coram fratribus meis positus intellexi*) ... Me he dado cuenta de que la inteligencia se me había concedido por medio de ellos... Gracias a vosotros aprendo lo que os enseño; en realidad, con vosotros escucho lo que a vosotros os digo».

El presbítero tiene el deber de vivir el compromiso de asiduidad con las Sagradas Escrituras (Cfr. *Dei Verbum* 24): una asiduidad hecha de lectura (*lectio*), de profundización meditativa del texto (*meditatio*), de oración (*oratio*), de experiencia cotidiana bajo el juicio de la Palabra de Dios (*contemplatio*). Sólo de esta forma el presbítero hace propio el pensamiento de Cristo, de forma que puede decir con el Apóstol: «Nosotros tenemos la mente de Cristo» (*1Co* 2, 16).

El Papa Juan Pablo II escribía: «El sacerdote debe ser el primer ‘creyente’ de la Palabra, con la plena conciencia de que las palabras de su ministerio no son ‘suyas’, sino de Aquel que lo ha enviado. Él no es el dueño de esta Palabra: es su servidor. Él no es el único poseedor de esta Palabra: es deudor ante el Pueblo de Dios. Precisamente porque evangeliza y para poder evangelizar, el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado... Elemento esencial de la formación al ministerio presbiteral

es la lectura meditada y orante de la Palabra de Dios (*lectio divina*); es la escucha humilde y llena de amor de Aquel que habla⁴». Pablo exigía a Timoteo: «Dedícate a la lectura, a la exhortación y a la enseñanza» (1Tm 4, 13): de la asiduidad a la *lectio*, el presbítero adquiere así su capacidad de exhortar y enseñar con autoridad.

La realización de la Palabra.

Jesús indica en Mc 4 todo el proceso de la Palabra. Si no se da realización no se da tampoco escucha, el corazón permanece incircunciso (cfr. Jr 6, 10; Ez 44, 9), es la dureza de corazón (*esclerocardia*: cfr. Mc 10, 5; 16, 14). Cuando se comienza a vivir no como se piensa, no como pide la Palabra de Dios, poco a poco se termina pensando como se vive, por no escuchar la Palabra de Dios.

«Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la guardan» (Lc 11, 28), porque ésta conduce al conocimiento de Dios (*da'at Elohim*: Os 4, 1; 6, 6), que los profetas pedían a los sacerdotes (cfr. Os 4, 4-6), aquel conocimiento de Dios tan esencial al apóstol (cfr. Rm 11, 34; 1Co 2, 10-12): si falta dicho conocimiento deshabilita al presbítero en su función. El presbítero debe hacer una unidad de vida entre el anunciar y el realizar. ¿Cómo olvidar que Jesús pronunció un neto «¡Ay de vosotros!» contra los que «sentados en la cátedra... dicen y no hacen», que «atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con un dedo quieren moverlas» (cfr. Mt 23, 2-4)? Y ¿cómo olvidar las palabras del Apóstol: «Tú que conoces la voluntad de Dios, tú que estás instruido en la Ley... y estás convencido que eres guía de los ciegos, luz de los que están en las tinieblas;... pues bien, por qué enseñas a los otros y no te enseñas a ti mismo?... Así, por tu causa 'el Nombre de Dios es blasfemado entre las gentes' (Is 52, 5 LXX)» (cfr. Rm 2, 18-19.21.24)?

El decreto *Presbyterorum ordinis* en el n° 13 resume así el tema: «Como ministros que son de la Palabra de Dios, [los presbíteros] diariamente leen y oyen esa misma Palabra de Dios que deben enseñar a los otros; y si, al mismo tiempo, se esfuerzan en realizarla en sí mismos, se harán cada día discípulos más perfectos del Señor, según las palabras del Apóstol San Pablo a Timoteo: «Ocupate en estas cosas, vive entregado a ellas para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Vela por ti mismo y por la enseñanza, persevera en estas disposiciones, pues obrando así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen» (1Tm 4, 15-16)».

El presbítero «ministro de la Palabra»⁵.

El presbítero es también «ministro de la Palabra», que debe anunciar a la comunidad del Señor con la vida y la predicación (*munus docendi*: cfr. la espléndida catequesis del Papa Benedicto XVI del 14-4-2010). El sacerdote, anunciando el Evangelio, llama a la «obediencia de la fe» (Rm 1, 5), conduciendo a los creyentes a un conocimiento y comunión cada vez más profundos del misterio de Dios, revelado y comunicado a nosotros en Cristo⁶. La predicación

⁴ GIOVANNI PAOLO II, *Pastores dabo vobis*, nos. 26.47, (1992).

⁵ Se vea el documento de la Congregación para el Clero *Il presbitero, maestro della Parola, ministro dei sacramenti e guida della comunità* (1999), en particular el capítulo II.

⁶ Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, n. 26 (1992). «La enseñanza que el sacerdote está llamado a ofrecer, las verdades de la fe, deben ser interiorizadas y vividas en un intenso camino espiritual personal, para que así realmente el sacerdote entre en una profunda comunión interior con Cristo mismo. El sacerdote cree, acoge y trata de vivir, ante todo

del Evangelio es el ministerio principal de cada presbítero. El texto de la Carta a los Romanos (Cfr. *Rm* 1, 1-5) sintetiza lo que es esencial a la predicación cristiana: «1Pablo, siervo de Cristo Jesús (*es servicio de Dios*) por vocación, (*nadie se autogenera anunciador*) escogido (*agradó a Dios llamar y enviar*) para el Evangelio de Dios, (*revelado en mí*, dice Pablo a los Gálatas 1, 16)- 2que ya había prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Sagradas, (*es la tradición*)³ acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, ⁴constituido Hijo de Dios, con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro. ⁵Por Él hemos recibido la gracia del apostolado (*es el don de la llamada*), para obtener la obediencia de la fe a gloria de su nombre entre todos los gentiles» (*los destinatarios*).

Con el *servicio de la predicación* el presbítero debe actuar para que de las Escrituras chorree la Palabra de Dios en ellas contenida; es una acción de Dios y del hombre (*el lector, ho anaghin sk n* de Ap 1, 3). El ministerio de la Palabra de Dios se encomienda a los pobres hombres, y sin embargo está dotado de autoridad, de *exousía*, por gracia de Dios. Jesús prometió y donó a los doce *potencia y autoridad* para predicar el Evangelio eficazmente (cfr. *Lc* 9, 1; 24, 49). Escribió Lutero: «En cualquier parte se predique el Evangelio de forma auténtica y con sinceridad, allí está el reino de Cristo. Donde está la Palabra, allí está el Espíritu Santo, en el que anuncia y en el que escucha⁷». Es la venida del Espíritu Santo la que provoca en los apóstoles la capacidad de hablar la mañana de Pentecostés (cfr. *Hch* 2, 1-12), pero es también la predicación de Pedro, el apóstol lleno del Espíritu, la que causa la venida del mismo sobre los fieles que escuchan la Palabra (cfr. *Hch* 10, 36-44).

El predicador es «embajador de Cristo» (cfr. *2Co* 5, 20); es la persona a través de la cual Cristo actúa (cfr. *Rm* 15, 18), Dios exhorta, habla todavía hoy; es «administrador de los misterios de Dios» (*1Co* 4, 1). Los creyentes reciben de los presbíteros «no una palabra humana, sino la Palabra de Dios que permanece activa en vosotros» (cfr. *1Ts* 2, 13). Las palabras que salen de la boca del predicador deben ser siempre «palabras de gracia» (*Lc* 4, 22), «palabras acompañadas de la gracia» (cfr. *Col* 4, 6), palabras portadoras de la Palabra de Dios que es la espada del Espíritu (cfr. *Ef* 6, 17), espada afilada (cfr. *Is* 49, 2; *Os* 6, 5; *Hb* 4, 12).

Pero ¿qué debe predicar el presbítero? Y ¿cómo debe predicar?

Anunciar a Cristo hoy.

El presbítero sólo debe predicar la Palabra de Dios, no otras palabras⁸: «No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor» (*2Cor* 4, 5). El predicador no debe confiar en sus medios, en su inteligencia, sino que siempre debe invocar el Espíritu Santo y su potencia (cfr. proposición 5 del Sínodo sobre la Palabra). Está llamado a ser con sus palabras y con toda su vida un *testimonio del Evangelio* en medio de los hombres. Su

como propio, lo que el Señor ha enseñado y la Iglesia ha transmitido” (Papa Benedicto XVI, *Munus docendi*, 14-4-2010).

⁷ Citado en Karl BARTH, *La proclamazione del Vangelo*, Borla, Turín 1964, pág. 59.

⁸ Cfr. *Presbyterorum ordinis*, n. 4: «Su [de los presbíteros] tarea no consiste en enseñar una propia sabiduría, sino en enseñar la palabra de Dios». “El sacerdote no enseña ideas propias, una filosofía que él mismo se ha inventado, encontrado, o que le gusta; el sacerdote no habla por sí mismo, no habla para sí mismo, para crearse admiradores o un partido propio; no dice cosas propias, invenciones propias, sino que, en la confusión de todas las filosofías, el sacerdote enseña en nombre de Cristo presente, propone la verdad que es Cristo mismo, su palabra, su modo de vivir y de ir adelante”. (Papa Benedicto XVI, *Munus docendi*, 14-4-2010).

comunicación de Dios y de Cristo depende también de su credibilidad como anunciador: «Quien a vosotros os escucha a mí me escucha» (Lc 10, 16). La misma *homilía es acción profética*, interiorizada y transmitida para orientar la fe y la oración de la comunidad. La Palabra tiene el poder de edificar la Comunidad (cfr. Hcb 20, 32), haciendo de la homilía una «manifestación de la verdad» (2Cor 4, 2) que es Cristo mismo. «Cristo está presente en su Iglesia, de modo especial en las acciones litúrgicas... Está presente en su Palabra, pues es Él quien habla cuando en la Iglesia se lee la Sagrada Escritura». Afirma también el Papa Benedicto XVI: «En la preparación atenta de la predicación festiva, sin excluir la ferial, en el esfuerzo de formación catequética, en las escuelas, en las instituciones académicas y, de modo especial, a través del libro no escrito que es su misma vida, el sacerdote es siempre “docente”, enseña» (*Munus docendi*, 14-4-2010).

Predicar de forma sapiencial para reavivar la Fe, el Amor y la Esperanza.

Las palabras del predicador deben nacer absolutamente de una fe firme (*Sal* 115 [116] 10: *Tengo fe, aun cuando digo: «¡Mira que soy desdichado!»*). Si el presbítero no es el primero en tener fe en la Palabra de Dios, ¿cómo podrá comunicarla a los otros? La misma “preparación de la homilía” no parte de la pregunta: «¿Qué debo decir a la Asamblea?», sino que debe proceder de la escucha de la Palabra contenida en las Escrituras y, por consiguiente, de la pregunta: «¿Qué me dice esta Palabra?». Si el predicador no siente en sí el fuego devorador, del que habla el profeta Jeremías (*Jr* 20, 9), si no tiene pasión por la comunidad, no degusta el ministerio que se le ha confiado, entonces se termina ejerciendo el ministerio en vista sólo de la ganancia, del éxito, de la conservación de la función.

Conclusión

Puede ser indicativa la expresión del diácono Esteban, protomártir, cuando afirma durante su discurso: «¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos!. ¡Vosotros ponéis *siempre resistencia* al Espíritu Santo! Como vuestros padres así vosotros». Es decir, el riesgo es no dejarse atravesar por el Espíritu, resistir a la gracia. María de Nazaret, en cambio, no sólo ofreció siempre a Dios el deseo de vivir la obediencia con alegría, sino que vivió en la continua dirección que el Espíritu Santo le indicaba. Tener fe, en fin, es continuar caminando en la dirección indicada por Dios, en las Escrituras y en los acontecimientos cotidianos que la Providencia nos dona. Aprendamos a tener la confianza evangélica de los niños, encomendándonos, como San Pablo, a Dios: «Todo lo puedo en Aquel que me da fuerzas (*Flp* 4, 13)».

Finalmente, deseo citaros un famoso texto de San Gregorio Magno, porque en una síntesis admirable se contiene un manifiesto de nuestra identidad presbiteral:

Sintamos qué dice el Señor al enviar a los predicadores: «La mies es mucha, ¡pero los obreros son pocos! ¡Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies!» (*Mt* 9, 37-38).

Para una gran mies los obreros son pocos; no podemos hablar de esta escasez sin profunda tristeza, porque hay personas que escucharían la buena palabra, pero faltan predicadores. Mirad, el mundo está lleno de sacerdotes, y sin embargo raramente se encuentra quien trabaje en la mies del Señor; hemos asumido el oficio sacerdotal, pero no cumplimos las obras que el oficio lleva consigo.

Reflexionad atentamente, hermanos muy queridos, sobre lo que está escrito: «Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies». Rogad vosotros por nosotros, para que seamos capaces de trabajar por vosotros como conviene, para que la lengua no permanezca trabada en el exhortar, y nuestro silencio no nos condene ante el justo juez a nosotros, que hemos asumido el oficio de predicadores. En realidad, con frecuencia la lengua de los predicadores pierde su soltura a causa de sus culpas; con frecuencia, en cambio, se les priva de la posibilidad de la predicación a los que son jefes por culpa de los fieles.

La lengua de los predicadores se paraliza por su iniquidad, según lo que dice el salmista: «Pero al malvado Dios le dice: ¿A qué viene recitar mis preceptos?» (*Sal* 49, 16).

Otras veces la voz de los predicadores es obstaculizada culpablemente por los fieles, como dice el Señor a Ezequiel: «Voy a pegar tu lengua al paladar, te quedarás mundo y dejarás de ser su acusador, porque son una casa rebelde» (*Ez* 3, 26). Como si dijera: Se te quita la palabra de la predicación, porque el pueblo no es digno de escuchar la exhortación de la verdad, aquel pueblo que en su actuar me es rebelde. No siempre es fácil, sin embargo, saber por culpa de quien al predicador se le quita la Palabra. Pero se sabe con toda certeza que el silencio del pastor daña a veces a él mismo, y siempre a los fieles a él sometidos.

Hay otras cosas, hermanos muy queridos, que me entristecen profundamente sobre el modo de vivir de los pastores. Y para que no le parezca ofensivo a alguno lo que estoy para decir, acuso al mismo tiempo también a mí mismo, aunque me encuentre en este puesto no ciertamente por mi libre elección, sino más bien obligado por los tiempos calamitosos que vivimos. Nos hemos enmarañado en asuntos terrenos, y es otra cosa lo que hemos asumido con el oficio sacerdotal, algo diverso de lo que mostramos con los hechos. Abandonamos el ministerio de la predicación y nos llaman obispos, pero quizás, más bien, para nuestra condenación, dado que poseemos el título honorífico y no las cualidades. Quienes nos han sido confiados abandonan a Dios y nosotros callamos. Permanecen en sus pecados y nosotros no les tendemos la mano para corregirlos. Pero ¿cómo puede ser posible que corriamos la vida de los otros, si descuidamos la nuestra? Todos concentrados en las faenas terrenas, nos hacemos tanto más insensibles interiormente, cuanto más atentos estamos a los asuntos exteriores. Por esto la santa Iglesia dice muy bien de sus miembros enfermos: «Me pusieron a guardar las viñas, y mi viña no supe guardar» (*Ct* 1,6). Puesto a guardar las viñas, no guardamos de hecho la viña, porque, implicados en acciones extrañas, olvidamos el ministerio que deberíamos cumplir.

(GREGORIO MAGNO, *Homilias sobre los Evangelios*», *Hom.* 17,3.14; PL 76,1139-1140.1146;
oficio de las lecturas sábado 27^a T.O.)
Tomado de “ut unum sint” N° 6- 2010

Título : In questo mondo benedetto

La consacrazione secolare nella luce di Maria di Nazaret

Autor: Giuseppe Forlai

Editora : San Paolo

Precio € 9,00

Maria de Nazaret, como ejemplo de la llamada a unir el amor por la historia y el compartir radical del proyecto de Jesús, la fidelidad a las vicisitudes humanas y la consagración total al cumplimiento del Reino, se convierte en modelo para los consagrados del mundo.

Título: Tutti santi

tutti fratelli

Autor: Guglielmo Giaquinta

Editora Pro Sanctitate

Precio € 8,00

Una colección de meditaciones del siervo de Dios Monseñor Guglielmo Giaquinta, fundador del movimiento “Pro sanctitate” y del relativo Instituto Secular sobre la santidad y la fraternidad, propuestas precisamente cuando parece reducirse el espacio para Dios y se vulneran las relaciones mismas entre los hombres. Un servicio a la esperanza cristiana.